

El esplendor del mundo

Salir al encuentro de la belleza

Laurence Devillairs

Traducción de Álvaro Marcos

www.editorialgg.com

GG

Índice

- 7 **Obertura**
El anciano del fiordo de Oslo
- 11 **Ver**
Una experiencia total
- 15 **Una corneja sobre el tejado**
Mirar no es ver
- 21 **Es como electricidad**
Vivir con un voltaje más alto
- 25 **Como Stendhal en Florencia**
La belleza es un choque
- 29 **Hablar de la belleza con un finlandés**
Y demostrar que los relativistas se equivocan
- 33 **Pájaros nocturnos**
Domesticar aquello que de primeras no nos conmueve
- 37 **Vivir a la manera de Rimbaud**
El esplendor no es mero deslumbramiento
- 41 **Todos los girasoles del mundo**
Naturaleza y cultura confundidas
- 47 **El silencio de la Madonna Sixtina**
Aprender a callar
- 51 **«¡Presente!»**
El ego estético
- 55 **Los vencejos de la estación de Montparnasse**
Por una república de lo bello
- 61 **Palermo**
La belleza como destino
- 65 **El pez escorpión**
Cómo arruinar los viajes
- 71 **La ballena de Tadoussac**
Huir de los caminos trazados
- 75 **Fotos**
Contemplar el reverso del mundo
- 79 **Turistas**
Las cosas, no el espectáculo
- 85 **Portofino**
La era del hacer
- 91 **El árbol de las islas Aran**
El esplendor de lo que está herido

95 **«Prohibido pisar el césped»**

El mundo como santuario

99 **La estecología**

La ecología será estética o no será

103 **La búsqueda del Grial**

Elogio de la curiosidad

109 **A Brasileira**

Lo real no basta

113 **Incandescencia**

La amplitud del corazón

119 **La belleza del gesto**

O el coraje del bien

123 **Noche de verano**

La felicidad es posible

127 **Epílogo**

Zambullirse en Montenegro

129 **Ejercicios de estética aplicada**

132 **Notas**

135 **Cuaderno de esplendores**

143 **Agradecimientos**

Obertura

El anciano del fiordo de Oslo

Avanzo sobre la cubierta. Nos adentramos en el fiordo de Oslo. Todo enmudece. El paisaje entero —el mar, el bosque, el barco— parece suspendido en una espera, como si algo estuviera a punto de revelarse. Nos deslizamos entre las montañas envueltos en un silencio de catedral. A mi lado, un anciano se apoya en la barandilla.

Mira al frente. Para sus ojos, no existe más que aquello que tienen delante. Aunque no me ve, yo no dejo de mirarlo. Desprovisto de tristeza, imbuido de una gracia serena, casi solemne, este hombre entrado en años encarna la unión entre la fragilidad y la belleza. Escudriña el paisaje deseoso de contemplarlo una vez más —quizá la última—, de contemplar cuanto el mundo puede ofrecer de esplendoroso, todo aquello que pronto dejará de ver.

Este momento es para mí uno de los tres o cuatro que realmente cuentan —¿acaso se necesitan más? Una pizca del misterio de la vida y de su grandeza me han sido revelados. La vida, herida de muerte, junto con la muerte misma, por esa herida que nada cura y que hace que un día todo termine, mientras el fiordo, el mar y el bosque seguirán existiendo sin mí.

Por el momento, la tierra es un reino al que se me brinda acceso. Veo, vivo. Mi existencia y la del anciano que está a mi lado no conocerán la eternidad, pero, durante un breve espacio de tiempo, él y yo seremos testigos de la magnificencia irrepetible de esa tierra.

Atracamos, y lloro con desconsuelo. Sin embargo, estoy en paz, me siento reconciliada con lo que es: firmo y refrendo lo firmado, quiero ver y seguir viendo. Todo esto merece la pena. La vida quizá contenga la muerte en su seno, como un gusano en la fruta, pero esa amargura no le arruina el sabor. No podré retener lo que he visto, el paisaje pasará como pasan los minutos felices, pero lo habré vivido.

Freud distinguía entre la pulsión de conservación o vida y la pulsión de muerte o destrucción: Eros y Tánatos. Creo, sin embargo, que existe también una pulsión de lo bello, una avidez de ver que coexiste con la certeza de que todo ello nos será arrebatado: *Kállos* y *Thanatos*, belleza y muerte.

Es a aquel anciano del fiordo de Oslo a quien le debo el haber abierto los ojos de par en par ante la esplendorosa belleza que nos rodea y la urgencia de aprender a verla.

En efecto, es posible que tengamos una cita histórica con la belleza: hemos perdido tantas esperanzas, tantas creencias —en el progreso, en la paz, en los beneficios de la técnica, en la salvación ofrecida por la religión—, que tal vez lo único que nos quede, lo único todavía grande, todavía noble, sea la belleza. Lo bello es algo acerca de lo cual aún podemos ponernos de acuerdo, algo que mantiene abierta una vía hacia el porvenir.

La belleza no necesita militantes, solo requiere discípulos en el sentido original del término: alumnos atentos, aprendices dispuestos a comprometerse. Eso nos queda: la posibilidad de ser elevados e instruidos por la belleza. Aquí no hay dogma, no hay adoctrinamiento de ningún tipo, la experiencia estética solo exige una cosa: que seamos capaces de llevar nuestras sensaciones hasta el final y que luego las expresemos y las describamos, añadiendo a lo sentido la riqueza adicional de las palabras y del acto de compartir. Todo un mundo se abre así ante nosotros, pues es el propio mundo el que entonces nos habla.

Y hoy, más que nunca, tenemos el deber de amar este mundo no solo porque somos responsables de su fragilidad, sino porque tenemos una deuda con él: nos ofrece su esplendor, y pasamos de largo. ¿Por falta de tiempo? ¿De dinero? ¿Por el cansancio, por la desgana, por la desaparición de una naturaleza protegida en favor de una urbanización desenfundada? ¿O se trata más bien de que no sabemos mirar?

Se nos proponen todo tipo de ejercicios espirituales y enseñanzas de sabiduría práctica que nos invitan a meditar, a cambiar, a perfeccionarnos. Pero se descuidan los ejercicios estéticos y la educación en la belleza, todo aquello que podría abrir y afinar nuestra sensibilidad. Porque también se puede aprender a ver: la contemplación es una experiencia incomparable en la que se entrelazan todos los sentidos; el cuerpo, pero también la inteligencia.

Es esta convicción la que quisiera compartir, porque la he experimentado: la atención a la belleza que me rodea en el día a día me ha transformado. Proporciona el consuelo más certero, la felicidad más inmediata. El esplendor del mundo está ahí, al alcance de la mirada, y afirmo sin sombra de duda que constituye uno de los últimos motivos para la esperanza.

El esplendor: tradicionalmente, la filosofía ha distinguido entre dos categorías, lo bello y lo sublime. Lo bello agrada, incluso fascina; lo sublime asombra y puede llegar a aterrar. Debemos a Kant, a quien Nietzsche llamaba «el gran chino» —aludiendo quizá a lo arduo de sus escritos—, la sistematización de esa diferencia, así como el haber situado la existencia de esos dos tipos de belleza en la naturaleza antes que en la cultura.

Me parece, no obstante, que habría que añadir una tercera categoría: la del esplendor. Lo esplendoroso no tiene el carácter previsible, incluso convencional, de lo bello, porque pertenece más bien al ámbito de la revelación que sorprende. Como lo sublime, nos conmueve y nos deja sin palabras, pero no nos aplasta, no es un

estremecimiento sagrado, sino una luz que se enciende de pronto o, más bien, el mundo convertido de repente en luz.

El mundo, porque hay tantos esplendores forjados por la mano humana como nacidos de la naturaleza: el azul del mar, pero también el de los cuadros de Van Gogh; los icebergs del Ártico y los versos de Rimbaud. El esplendor exige no separar lo que el mundo ha unido: la naturaleza y la cultura, los vivos y los muertos, la historia y el presente, los bosques y las ciudades, las ideas y las palabras, la música y la pintura. Tenemos mucho que perder si separamos la cultura de lo vivo. El arte nos enseña a ver la naturaleza como una obra, vulnerable y única, mientras que las creaciones artísticas constituyen a su vez una escuela de atención, un modo de afilar la mirada.

Aunque para evitar repeticiones emplearé asimismo de tanto en tanto el término «belleza», es en verdad el registro del «esplendor» el que deseo explorar. Imprevisible, a veces inadvertido, lo esplendoroso no se anuncia, sino que suele residir con frecuencia en un detalle: un pedazo de cielo, un contraste de colores, tres notas musicales, cuatro palabras. El esplendor posee la intensidad de la belleza sin el carácter espectacular de lo sublime. Es majestuoso, pero también sencillo, depurado. El encuentro con lo esplendoroso provoca un impulso comparable al del enamoramiento súbito y genera una suspensión del tiempo: todo parece detenerse. Está ahí, lo veo. Y amo inmensamente al mundo que me lo ofrece.

Ver

Una experiencia total

Tengo una sed de ver que nada consigue agotar: he visto el mar fosforescente bajo la luna, las ruinas de una estatua de Ramsés enterradas bajo la arena de Lúxor, gaviotas danzando un balé violento contra el cielo del atardecer, frente a las islas Feroe, en agosto, no hace tanto. He visto las notas de la sinfonía *Pastoral* de Beethoven suspendidas en el aire como si fueran una oración.

He visto el *Juicio Final* de Van der Weyden en los Hospicios de Beaune y la blancura incandescente del manto del ángel aparece en él. Estaba con mi padre, uno de los pocos momentos que compartimos a solas, él y yo. Que eso haya ocurrido frente a semejante cuadro otorga a ese instante un carácter aún más precioso, casi solemne. No pronunciamos una sola palabra, pero tuve la impresión de que él me tomaba la mano. Tal vez lo hizo.

No sabemos todo lo que puede llevarnos a hacer y sentir el encuentro con el esplendor.

He visto: es más una sacudida que una percepción, un impacto más que una visión. Ese «ver» abarca todos los sentidos: el olfato tanto como el oído, incluso el tacto. Siento en mis mejillas el ardor del cielo encendido del retablo de Van der Weyden, respiro el aire polvoriento de los siglos en Lúxor, toco la materia densa y pulida de los acordes de Beethoven. La experiencia de la belleza es una experiencia total que no pertenece solo al dominio de la vista o la sensación.

Es tanto una cuestión de inteligencia como de sensibilidad, algo que une lo carnal y lo espiritual en una emoción que es también pensamiento. Se piensa cuando se ve, y ver hace pensar. Por eso, tras los primeros momentos de conmoción, sentimos la necesidad de hablar: lo bello ha puesto el espíritu en movimiento al mismo tiempo que ha estremecido la carne. Es para expresar todo esto que acontece a la vez para lo que utilizo aquí el verbo «ver».

Es una capacidad de ser tocado en el cuerpo y en el alma. Podría darse el caso, incluso, de que ese término tan antiguo, «alma», recuperase así todo su sentido: ver la belleza no es solo maravillarse, no es solo llenarse los ojos; constituye un estremecimiento profundo que no deja indemne.

No solo se trata de admirar algo externo a uno mismo —un paisaje, un cuadro—, sino de sentir una conmoción interior. En eso consiste la sorpresa del esplendor: viene a arrebatairme —me arrastra a la vez que me colma—, me deja una marca, como una quemadura. No podré olvidarlo, porque es la materia misma de mi memoria. Soy lo que veo.

De hecho, si tuviera que trazar un retrato de mí misma, vendrían a mi mente —a mi alma— todos los *he visto* de mi vida: el olor de las pacas de heno en los campos de mi infancia, la primera vez que leí a Nietzsche, la delicadeza dolorosa del reencuentro con un amor perdido... Soy plenamente en esos encuentros, porque me libero de las máscaras y los papeles que voy asumiendo en la vida, uno tras otro. Elimino lo que no es esencial, todo lo que es impuesto y superficial. Incluso me desprendo del peso de mi carácter, lastrado por el qué dirán y por la costumbre.

La experiencia estética es, en el fondo, impúdica. Toca lo íntimo, lo que no digo, lo que tal vez ni siquiera conozco de mí. Viene a revelar zonas de mi ser que, sin esa experiencia, me seguirían resultando inaccesibles. No tiene nada que ver con el narcisismo ni debe reducirse a una cuestión de gustos o educación: no me crie entre

artistas, ni viajé a lugares lejanos desde pequeña, ni pasé mi infancia en museos; y, sin embargo, el deseo de ver me acucia desde siempre.

Me constituye mucho más que mi estatus social, que mis convicciones o mis relaciones. Es como si la belleza devolviera mi ser a la unidad, a su núcleo duro, a aquello que no se negocia.

Es el santuario de lo que soy, mi habitación apartada, una estancia que está siempre un poco en sombra y que la luz de mis emociones estéticas viene a iluminar. Comparo ese espacio con el *naos* de los templos egipcios, como el que visité en Edfu. Es el lugar más importante porque allí se guarda la estatua del dios, allí respira lo divino; es el recinto al que solo los autorizados tienen acceso. El *naos* de lo que soy está hecho de todo lo que he visto y de lo que veré. Constituye mi identidad estética, mucho más singular que la que me otorga el registro civil. Todos los tiempos se reúnen en él: el recuerdo de las bellezas pasadas revive en el presente, el presente se proyecta hacia el futuro de lo que todavía no he descubierto y que ya deseo.

La experiencia estética salva al yo del adormecimiento, de la estandarización, también de los automatismos. ¿Cuántas veces a lo largo del año, de la semana, he vivido apenas a medias, en «piloto automático», conformándome con lo que los demás piensan de mí o con lo que creo que debo ser?

Mis encuentros con el esplendor me devuelven a mí misma. Cuando me abandono a lo que veo, existo de la forma más auténtica. Deposito mi alma en aquello que he contemplado.

El mundo me ha prestado sus formas y colores, y me siento más viva que nunca, envuelta en un torbellino de los sentidos. La formulación «Es bello» se convierte entonces en un credo: veo y creo. Lo acepto, lo abrazo, me identifico con ello, lo soy. También el arte contemporáneo, que cuestiona nuestras expectativas y sacude nuestra idea de belleza, tiene ese poder de romper con lo anodino de la existencia.

Pero para eso hay que aprender primero a ver hasta el vértigo, a ver con la garganta abierta y borrar así las fronteras entre uno mismo y el mundo. Una simple ojeada, una mirada distraída, con la cabeza en otra parte y el corazón sellado no bastarán. Se trata más bien de dejarse invadir y arrastrar, de embriagarse. Porque existe una libido de los ojos, un erotismo estético.

El objetivo no es consumir —tachar de una lista las mil y una maravillas de la naturaleza, la pintura o la escultura—, sino sumergirse, dejarse colmar por aquello que nos sacude. No va de recibir una dosis de belleza, sino de alimentar el deseo: veo y vuelvo a ver, sin medida. Es una forma de abundancia. Como unas bodas en las que el mundo y yo no terminamos de desposarnos. Porque ese deseo no se agota, al contrario: cuanto más veo, más hay por ver.

Recuerdo haber regresado otra vez al cuadro de Van der Weyden en el momento en que debíamos marcharnos. Quizá quería prolongar ese instante único, íntimo y estético, con mi padre. Mis ojos se posaron sobre el lado izquierdo del cuadro: no había advertido antes la entrada al Paraíso, un pórtico gótico devorado por las llamas. ¿La felicidad y la eternidad no eran entonces sinónimos de calma y paz? ¿Eran, al contrario, como un incendio, como un fuego que no se apaga?

¡Y pensar que no lo había visto! La belleza tiene esa generosidad que colma más allá de toda medida, mucho más allá del placer que se experimenta. Deberíamos ver como se ama: sin contar, sin cansarnos. Decir «Es bello» sería el equivalente entonces a decir «Gracias».

Una corneja sobre el tejado

Mirar no es ver

«Hay que recuperar el gusto por la vida», me dijeron. Yo estaba inmobilizada en un presente que no pasaba, un túnel sin salida. «Episodio depresivo» fue el diagnóstico. Pero, en realidad, no había perdido el gusto, sino la vista. Todo me parecía informe, sin sustancia ni relieve. El recuerdo más doloroso que conservo de aquel período es la total extinción de mi capacidad de ver. Recuerdo caminar por las calles como si estuvieran vacías. Lo estaban, la belleza había desaparecido.

Yo ya no era, porque ya no «veía». Mi ser había perdido sustancia, consistencia, algo que se manifestaba a nivel físico en mi incapacidad para mantenerme sentada o erguida. Pasaba la mayor parte del tiempo en el suelo, apoyada contra una pared de mi apartamento, cuerpo a tierra, literalmente.

Tal vez había en aquello algo de animal, una necesidad antigua de agazaparse, o quizá era una forma de buscar la estabilidad reconfortante de la tierra, en un momento en que sentía que todo me había abandonado.

Supe que había encontrado un camino para escapar de la tristeza cuando me conmovió, como si fuera un cuadro, la visión de una corneja negra, prendida del tejado del edificio de enfrente. El contraste que ofrecía el ave en mitad de aquel universo de piedra: su quietud brillante, el negro de su plumaje sobre el rojo de las tejas. El mundo se redibujó, recuperó sus líneas y aristas, y yo regresé al mundo de los vivos.

Me di cuenta de que me había levantado para observar mejor. Estaba, por fin, de pie. La depresión fue un accidente; no era yo. Fue como un experimento de laboratorio: algo en mi cerebro se había modificado y había sido reactivado por esa simple percepción. Estar triste es dejar de estar en el mundo, tener frente a sí tan solo un espacio sin contornos ni colores.

La depresión es una forma dramática de perderse la belleza, porque con ella se pierde también el propio ser. Pero la belleza también puede erosionarse de tanto subrayarla. Y tal vez ahí resida el mal de nuestra época.

Nuestra dependencia de los potenciadores del sabor y de los filtros le quita al esplendor su extraña sencillez, lo banaliza creyendo sublimarlo.

En realidad, se trata de algo más parecido a la taxidermia que a la estética: se le pide al mundo que pose el tiempo justo para diseccionarlo, para envolverlo como un paquete de regalo. Pero realzar algo suele ser, en realidad, deslucirlo. ¿No es más conmovedor pensar que las cosas —cuadros, acantilados, atardeceres— son bellas por sí mismas, sin que tengamos nada que ver con ellas? Vivimos tan solicitados siempre que no tener nada que ver debería constituir un placer singular.

Se me objetará que eso es justo lo que hace el artista: fabricar belleza. Pero incluso en ese caso es ella quien tiene la primera palabra y guía el gesto: ese azul y ese amarillo, esa idea y aquella otra, ese *si* y ese *re*, ¿soy yo quien los ha creado? ¿Acaso no son ellos los que me imponen su lógica, su estética?

Se dice que la gran pregunta de la filosofía es por qué hay algo en lugar de nada. ¿Y si fuera más bien por qué hay belleza en lugar de solo algo? El pintor, el filósofo, el poeta, cuando crean, obedecen a unos colores que quieren unirse, a un sentido que quiere expresarse. Es como si la belleza viniera a buscarlos y les diera un codazo.

Cuando perseguimos lo «deslumbrante» —las fotos impactantes, los acantilados vertiginosos, los atardeceres... sí, incluso los atardeceres—, no está claro que estemos viviendo la experiencia más auténtica de la belleza. Entre ella y esos prodigios hay la misma distancia que entre el arte y el mero virtuosismo: una especie de demostración forzada, una exageración. Lo maravilloso está peligrosamente cerca de lo *kitsch*; «sobreactuamos» la belleza cuando le añadimos volantes y cintas, tapetes y encajes, como diciendo: «¡Mirad qué bonito!».

Pero mirar no es ver. ¿Una simple diferencia de vocabulario? No: de actitud. Mirar obedece a un objetivo, es un ver condicionado. Se mira para encontrar, para confirmar y para maravillarse debidamente. Mirar comporta una gestión contable del mundo, regida por la oferta y la demanda, mientras que ver consiste en dejar que algo ocurra. La mayoría de las veces miramos para verificar —Grecia, Vermeer, Beethoven: encontramos solo lo que íbamos buscando. Examinamos el mapa y descuidamos el camino, miramos el iPhone, no el paisaje.

De ese modo, seguimos siendo inaccesibles a lo que la belleza tiene de infinitamente singular: la arquitectura inesperada que forman el cielo y las columnas de un templo en Agrigento, el rojo de la puerta en aquel cuadro de Vermeer...

Pasamos de largo ante la audacia, ante ese componente siempre un poco extraño que encierra el esplendor —el hecho de que Vermeer no pinte tanto mujeres, encajeras o lecheras como muros blancos, vibrando con una luz desconocida. La mirada solo se interesa por lo que se le ha prometido, mientras que ver es dejarse sorprender.

El esplendor tiene, además, algo peculiar: no salta a la vista; por eso exige agudeza y vigilancia. Es como estar al acecho, atento a lo que el mundo podría ofrecernos de pronto. El esplendor es un acontecimiento que nada anuncia, tiene lo imprevisto de un encuentro.

GG

Encuentra este libro en tu librería habitual
o en la página **web de la editorial**

El esplendor del mundo

Salir al encuentro de la belleza

Laurence Devillairs



GG

El esplendor del mundo
Laurence Devillairs

editorialgg.com